

Cabala de Aventureros, Bastardos y Renegados

Los monarquistas desterrados en Europa, astutos intrigantes—
Almonte cambia chaqueta en cuanto ve defraudada su ambición — Alardea del apoyo que bayonetas extranjeras le dan — Hidalgo, lechuguino insustancial, pero maquinador peligroso — En la intimidad de los emperadores intenta dar el "gran golpe" — Arguye que España e Inglaterra colaborarían gustosas — Eugenia engolosinada — A Hidalgo, que ya no era mexicano, sólo le preocupaba su personalísimo lucro — En el éxito de sus maniobras político-internacionales, aprovechaba su buena fortuna con las hembras — Maximiliano le llama a México, acométele un terror pánico y escapa sin decir adiós — Gutiérrez de Estrada, retardatario fósil, jesuítico e intransigente — Ausentista empedernido, como todos los partidarios de la monarquía — Jamás volvió a su tierra de origen, pero ejerció en sus destinos un funestísimo influjo.

CAPITULO VI

**CABALA DE AVENTUREROS,
BASTARDOS Y RENEGADOS**

De vez en cuando es indispensable levantar la medalla para conocer el reverso.

NO es aventurada la afirmación de que nunca, a través de la historia de las naciones, se organizó una tan audaz y peligrosa pandilla de aventureros, de bastardos y de renegados dispuestos a consumir la criminal empresa de arrebatarse a un país su autonomía, y reducirlo a campo de explotación; como la que se reunió con ánimo de convertir a México en botín de un monopolio de desapoderados ambiciosos.

Pero los que tal se proponían, no tuvieron en cuenta que iban a desafiar a un pueblo dotado de un amor propio y de una susceptibilidad y de una tan erguida gallardía, que un prometido bienestar rechazaría, si venirle debiera de manos de aventureros, de condotieros, de ribaldos y de intrusos. Y que antes estaría pronto a perder la vida que la libertad en la demanda.

Y de toda aquella clase de gente había entre los Almontes, los Hidalgos, los Napoleones terceros, los Mornys, las Eugénias y los Waleskis.

Empezaremos por ocuparnos en los insinuantes, hábiles, sutiles y resbaladizos políticos mexicanos, consumados maestros en intrigas, que con sus astutas maniobras consiguieron comprometer en la aventura a las más grandes potencias europeas, e interesar en ella, por añadidura, al Vaticano; no obstante las sesudas y vatídicas observaciones de John Rusell, el embajador en la corte de Austria, acreditado por Inglaterra: "Esta clase de gente —los refugiados mexicanos, escribía el diplomático—, es famosa a causa de sus cálculos sin fundamento sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas de socorro. El gobierno de Su Majestad, por lo que a él respecta, no concederá ningún apoyo a semejante proyecto. Mucho tiempo se requeriría para consolidar un trono en México, así como para convertir al soberano en independiente de todo apoyo extranjero. Si este apoyo llegare a ser retirado, los republicanos de México podrían expulsarle, y esta posición no sería ni digna ni segura".

Entre los más conspicuos de los siniestros exiliados, destacaban José María Gutiérrez de Estrada, Juan N. Almonte y José M. Hidalgo, de tiempo muy atrás empeñados en entregar al país a un príncipe extranjero.

EN CUANTO VE ABORTADA SU AMBICION EL HIJO NATURAL DE MORELOS SE VUELVE MONARQUISTA

Juan Nepomuceno Almonte era hijo espurio de aquel esplendoroso genio militar y político, que en el horizonte de México se yergue con las proporciones de un titán. Su glorioso padre, según acordes están numerosos autores, improvisóle aquel apellido, porque, en cuanto amenazaban con aproximarse las tropas virreinales, para ponerle a salvo de peligro, ordenaba: "El niño AL MONTE".

Por desgracia el tristemente famoso vástago, no heredó ninguna de las patrióticas virtudes de su egregio progenitor don José María Morelos y Pavón.

A raíz de emancipado México del dominio español, Almonte, republicano activo y militante, sostenía con vehemencia la necesidad de expulsar a los peninsulares que aquí quedaban, y públicamente contraía un solemne compromiso desde la tribuna del congreso:

"No permaneceré en esta asamblea —proclamaba en 1829—, si concede el perdón a los verdugos de mi padre". Pero, al ver defraudadas sus ambiciones de convertirse en Presidente, declaróse el más fervoroso partidario de la monarquía y, trasladado a París con el carácter de embajador del gobierno de Miramón, entregárase a intrigar en Europa infatigablemente, para atraer el apoyo de Napoleón III al establecimiento, en México, del régimen imperial.

Doblado, al protestar contra los expedicionarios franceses, que sin el menor escrúpulo violaron los preliminares de los convenios de Soledad; define, sin eufemismo, la condición a que el obcecado monarquista ha descendido, y lo califica, sin ambages, con las siguientes palabras: "Jamás ni el gobierno ni la nación mexicana han recibido noticia oficial de la misión que los comisarios atribuyen a Almonte. Para aquellos, es un traidor que ha sido puesto fuera de la ley por un acto de administración interna, en la cual los extranjeros que se han comprometido solemnemente a respetar la legalidad del gobierno constitucional, no tienen derecho a intervenir".

CINICAMENTE HACE ALARDE DE QUE LLEGA APOYADO EN LAS BAYONETAS EXTRANJERAS

La actitud de Juan Nepomuceno era tan descarada que, después de intentar Cobos, en un último y supremo esfuerzo, inducirle a variar sus insanos designios, "a todas las razones que le expuso con el mayor encarecimiento, contestó que estaba resuelto a cumplir con los compromisos que había contraído en Europa, a donde no podía volver si sus planes se frustraban; "pero esto no sucederá, porque (aquí sus textuales palabras) **no vengo, me dijo, atendido a las fuerzas del país, que de nada me servirán; por eso traigo bayonetas francesas**".

Y, de quienes llegan al frente de ellas, soportará, sin chistar, —cuando no exhibiéndose en los más oprobiosos extremos de la lisonja y del incondicionalismo, con tal de conservarse en su menguado favor—; humillaciones y sonrojos sin número.

Jules Favre, en el discurso que desde la tribuna del cuerpo legislativo fulminó contra la aventura intervencionista, aniquiló a Almonte con un candente anatema:

"¿Y qué pensar, señores, os lo pregunto, de la conducta y de la moralidad del que llega a desencadenar así, sobre su